

Literatura de Córdoba

Segunda lección: Córdoba-mozárabe

No hay que suponer, como decía en mi lección anterior, que Córdoba envía a Roma todos sus hombres de letras; ni en general, todos los hombres que representan su cultura. Va tan solo un sector que no podemos asegurar sea el más selecto ni el que mejores obras produzca; pero si podemos decir de él, que es el que más fortuna tiene, pues consigue que sus obras sean conservadas.

Al mismo tiempo que nosotros enviamos estas gentes, de allí vienen otros, que están animados de una misión especial: la de propagar por España la nueva religión. El Imperio romano está sufriendo en estos momentos, que son los primeros siglos de nuestra era, los peligros de una decadencia, a que le ha llevado el desgaste natural de una hegemonía demasiado ambiciosa y extremadamente prolongada, y los ataques de una nueva religión que ha abierto a la conciencia individual caminos inesperados.

La nacionalidad española ha comenzado a formarse, sino de derecho, de hecho. Ya apuntan en todas las manifestaciones de su actividad los rasgos característicos de España, y no es Córdoba la última en aportar algunos de esos rasgos. Y, en efecto, uno de sus Obispos más preclaros, Osio, fué acaso el primer introductor de Platón en España; quiso, al parecer, traducir uno de sus diálogos, el *Timeo*; pero encontrándose forzado a la atención de su Iglesia, en pleno período de formación e inclinado por su espíritu apologético a la conservación pura de la religión que profesaba, hubo de dedicar su tiempo a la intervención directa en los principales Concilios de su época. En el de Nicea, presidido por él, convocado en el año 325, y en el cual se le encomendó la redacción del *Credo*, y en el de Iliberis, donde desempeñó un papel importantísimo. Por estos motivos hubo de encomendar la traducción del diálogo platónico a Calcidio, y ya en la E. M., hasta el siglo XIII en el que se traduce el *Fedón*, no hubo otras noticias del admirable griego, que las que el *Timeo* podía proporcionar.

Tal vez con el deseo de activar la propagación de la religión católica, comenzaran a funcionar escuelas y seminarios y se sabe

que existían algunas de éstas, en Córdoba, en la segunda mitad del siglo V (452-483). Son seguramente los esbozos que aparecen aquí, como en todas partes y que merced al genio de San Isidoro florecen tan espléndidamente en Sevilla. (La figura de San Isidoro, de admirable talento enciclopédico, y con seguridad el hombre que más ideas puso en circulación en la E. M., está necesitada de un estudio profundo; sobre todo, por lo que a nosotros respecta, es de capital necesidad el conocimiento pleno de los libros que en las *Etimologías*, dedica a la filología y la literatura en donde irán apareciendo los temas que reforman la vida española).

Estas escuelas cordobesas, que acaso llegaron a ser protegidas por el estado naciente hasta el año 506, fueron las que después recogieron y conservaron la tradición isidoriana, a las que dieron vida luego el abad Esperaindeo, San Eulogio y Alvaro y en las que seguramente se llevó a cabo la traducción al árabe de las obras del Obispo sevillano.

No es muy floreciente la civilización visigoda; pues en realidad y merced a múltiples causas que la historia ha cuidado de ir poniendo en claro, nunca llegó a realizarse la fusión completa entre vencedores y vencidos; España o mejor, el español, recoge de los pueblos dominadores algo, aquello a que se ve obligado por el imperio de las circunstancias; pero son en realidad ellas las que acaban por imponer su vida a los que le vencieron, como se comprueba en todos los momentos de su historia; así es que esos elementos de lo español, que se han venido atribuyendo a la civilización de los visigodos, la monarquía, el catolicismo, el espíritu individualista, ya se venían declarando en el período anterior, merced al impulso personal de los españoles que, ya unidos, vislumbraban la posibilidad de sacudir el yugo romano, y en varias ocasiones lo habían intentado.

No nos han quedado apenas rastros de esta literatura naciente; pero puede asegurarse que durante la época visigoda, existen sin duda en España cantos profanos, como puede deducirse, en primer lugar, del estudio de las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla. Hay además otros documentos en donde se pueden recoger noticias para el estudio de la literatura popular española en este oscuro período: como son el III Concilio de Toledo, que en el Canon 23 trata ya de los juegos y cantos torpes que era preciso prohibir en las Iglesias; el mismo San Isidoro en su obra «Regla de los Monjes», en donde se atestiguan las canciones de los arte-

sanos, tal vez algunos coros; y por San Valerio, que indica como en la época visigoda se seguía cantando una poesía y bailando unas danzas y pantomimas que venían a ser una segura derivación de las costumbres romanas del Imperio en la celebración de los banquetes.

Tal vez reflejo de todo esto, mezclado con el ritmo de los himnos, despierta el uso de aquellos procedimientos retóricos conocidos con los nombres de *similiter cadens* y *s. desinens* que da lugar a largas series de prosa rimadas y ritmoides, las cuales se van sujetando a ciertas leyes simétricas que preludian las estrofas. Y todo esto, presentado en el momento de su evolución natural, con la misma sencillez que va evolucionando el idioma, o sea, por el solo concurso del pueblo que obra espontáneamente.

En el año 711 entran los árabes en España, y entonces comienza para el pueblo español un período de lucha. Cuando apenas había llegado a conseguir dominar el pueblo visigodo, se encuentra de pronto sometido al yugo de unos nuevos señores, en un todo diferentes a los que acababa de dejar. En realidad en España, y concretamente en Córdoba, hay en aquel momento tres pueblos que conviven. El autóctono, que es el hispano-romano, el español de la Romanía, que tiene los elementos que les son propios y tradicionales, y los que naturalmente ha incorporado por su larga fusión con Roma, a la que la unían tantos rasgos análogos; el visigodo, que había formado, por ser el elemento dominador, la clase privilegiada, y que si había aceptado los principios religiosos, era más dúctil para cualquier concesión; y el árabe, lleno de vida y de energía, en el más brillante momento de su victoria. El pacto entre visigodos y árabes permite que la lucha no sea muy cruenta; los musulmanes saben disimular la sorpresa que les produce una conquista tan rápida, conseguida artificialmente, y generosos adscriben a su mandato a los vitizanos que aceptan gustosos o conformados, ya que saben que no les es dado disponer del pueblo bajo ni de los rodriguistas que han marchado a Asturias. Y las escuelas cordobesas, continúan su labor, si bien apartadas de la ayuda del Estado, que acaso invocando el que en ellas se da una especial atención a la religión cristiana, se libra de la carga. Pero los cristianos no desmayan y las escuelas mozárabes-cristianas sometidas a la ley musulmana, comienzan o prosiguen su labor, a la que han de incorporar un nuevo quehacer: el sujetarse a las normas de unas nuevas leyes y de un nuevo

idioma, que, a la larga ha de entorpecer, a lo menos, el trabajo y el afán.

Brillaron en estas escuelas especialmente el venerable Esperaindeo, gran maestro y predicador eminente, autor de varias obras entre las que destaca el «Apologético contra Mahoma».

Estudiaron todos los órdenes del saber, y a ellas acudían gentes de toda España. La labor de Esperaindeo, no está tanto en sus obras (que no ha dejado escritas aunque el «Apologético» sea obra fundamental y que demuestra una fervorosa elocuencia) como la semilla que dejó en su escuela; sus discípulos San Eulogio y Alvaro, son las dos figuras más notables del mozarabismo cordobés y ésto ya es bastante. Esperaindeo procura, en primer lugar, mantener viva la fe entre los cristianos, que ya comenzaban a luchar, más que con los musulmanes dominadores con los pretendidos cristianos que desempeñaban papeles de importancia junto a la corte de los Emires. Eran éstos los que gobernaban al pueblo mozárabe, aún dentro de su misma religión, y los Obispos, eran a veces los peores enemigos, no de estas escuelas, sino de la independencia o disciplina que en ellas se enseñaba. Menéndez Pelayo, al hablar de la herejía del Obispo Hostegesis, emplea estas durísimas palabras «lo que en verdad angustia y causa pena, es la situación de ese pueblo mozárabe, el más infeliz de la tierra, conducido al degolladero y puesto bajo el cuchillo por sus pastores, esquilmado por malos sacerdotes, vendido por los que debían protegerles, víctima de jueces mismos de su propia raza, cien veces peor que los sarracenos, y sin embargo, constante y firme, con raras excepciones, en la confesión de la fe» (1).

Estas escuelas tuvieron una gran difusión y consiguieron relacionarse con todos los cristianos de Europa que se apartaban de los sarracenos por la raza y por la religión y debieron tener fama extraordinaria. Pero a medida que pasó el tiempo, la influencia del pueblo vencedor fué aumentando y los cristianos sometidos se vieron obligados a aprender el árabe. Se tienen noticias de muchas obras literarias y científicas, traducidas al árabe de originales siriacos, griegos y latinos en nuestras escuelas.

Esto plantea un curioso problema de rectificación. Se ha venido diciendo durante mucho tiempo que fueron los árabes los que introdujeron en Europa la civilización griega; y, según lo arriba

(1) Menéndez Pelayo.—Heterodoxos Españoles. Tomo III. p.^a 24.

apuntado, habría que dar esta gloria al pueblo cristiano español, aunque el trabajo de difusión se debiera al vigoroso impulso de los musulmanes que, en el esplendor de su hegemonía, supieron dedicar a la ciencia y a las artes la atención a que son merecedores en todos los pueblos cultos.

Y de tal manera llegaron a aprender el árabe y tal fué el número de cristianos que acabaron por olvidar su propio idioma y hasta sus costumbres—de lo cual se queja tristemente Alvaro Cordobés—que estos mozárabes escribieron obras en idioma arábigo, resultando una literatura arábigo-mozárabe, de la que quedan pocos restos, como ocurre, en general, con todo lo escrito en ese idioma; pero con la noticia tenemos bastante para comprender el gran valor que debió tener ese sector de la ciencia y el arte español, y como está particularmente necesitado de meditación y estudio.

Pero en medio de las más crueles persecuciones, lo que se produce es, generalmente en virtud de muchos esfuerzos y de mucha abnegación. Al lado del fanático, está el verdadero iluminado y los dos grandes beneficios que la raza mozárabe presta a España, son a saber: el de conservar la cultura hispano-latina siguiendo la tradición isidoriana, y el de servir para el intercambio espiritual entre el Occidente y el Oriente.

Figura notabilísima de esta escuela es la de San Eulogio. Veáse como lo retrata su gran amigo Alvaro: «era venerable de rostro .. dulce en su habla.... ejemplo en todo el orden y hechos de su vida. ¿Quién... podrá bien comprender y aclarar la vehemencia de su ingenio, la suavidad de su habla, el resplandor de su ciencia, su llaneza y dulzura al tratar en todo? ¿Qué libro hubo que no leyese? y fué una admirable parte de su caridad el no querer saber nada para sí solo, antes nos lo comunicaba, luego todo».

Sin querer, al leer estas palabras acuden a nuestra memoria aquellas también admirables, que el gran filósofo alemán Kant provoca en uno de sus mejores discípulos, Herder. «Nada digno de ser sabido le era indiferente; buscando siempre la verdad, y su propagación, no conocía cábalas, ni sectas, ni prejuicios ni personal vanidad. Animaba y hasta obligaba a sus oyentes a pensar por cuenta propia...». El no querer saber nada para sí solo, es la preocupación de San Eulogio que estudia todas las ciencias, propaga todo lo que ha legado Isidoro de Sevilla y cuando cree que todo esto ha sido cumplido ya, mira a otros horizontes, seguro

de que más allá de lo que él conoce, hay algunas cosas que también son dignas de ser conocidas. Y viaja, ávido de saber, y trae a Córdoba muchas obras, entre las cuales destacan *La ciudad de Dios*, de San Agustín; *La Eneida*, de Virgilio, las poesías de Juvenal y de Horacio, y una gran colección de himnos católicos.

Las obras de San Eulogio tienen todas el mismo objeto: excitar la fe de los cristianos.

El Apologético de los Mártires es la más importante de las obras de San Eulogio. De él dice Ambrosio de Morales: «Su estilo, aunque siempre dulce y suave, es harto inferior a tanta grandeza de ingenio y aún de sentida elocuencia. Había degenerado ya mucho la elegancia y pureza de la lengua latina, oscurecida y manchada con muchos defectos, en medio de tantas ruinas y miserias, como venía sufriendo España en casi siglo y medio de cautividad; y así, más es de loar lo que alcanzó San Eulogio en este concepto que de censurar lo que no pudo conseguir». Este mismo crítico, se duele de que el estilo del santo cordobés, ingenioso, sutil, enérgico y con cierto espíritu de sublimidad en los asuntos grandes, se deslustre y oscurezca algunas veces por el descuido del lenguaje, y en estas palabras se ve la poca atención que todavía se presta a la importantísima evolución que se está realizando, y de la cual es período brillante el mozárabe aunque oscurecido por el descuido de los eruditos.

Lo mismo en el *Apologético* que en el *Memorial de los Santos*, que en todas sus demás obras, San Eulogio sabe imprimir a su lenguaje el fervor religioso y la inspiración de que siempre adorna sus escritos. Claro que su estilo es especialmente oratorio y desde luego con tendencia a lo popular; pero es maestro consumado de elocuencia al aducir argumentos, no tanto en contra de los enemigos de la fe, a los cuales combate con viril energía, como contra los cristianos tibios, contra los que no perdona medio de descubrir su debilidad y el grande daño que produce a la comunidad hispano-cristiana que habita en Córdoba.

Condiscípulo e íntimo amigo de San Eulogio es Alvaro Cordobés en el que parecen reunirse todas las características de este período, que él modestamente recoge en los anales de Esperaindeo y en las lecciones de San Eulogio.

La obra principal de Alvaro de Córdoba es, sin duda alguna, el *Indículo luminoso*. Está destinada a la defensa de los mártires cristianos que son atacados vivamente por muchos falsos cristia-

nos, que viven al lado del Califa unidos con él por las dádivas y el desempeño de cargos. En ella manifiesta el autor, en primer lugar, un fervor religioso valentísimo y una acendrada devoción hacia lo católico. Para expresar esta fe, comunicada seguramente en el trato con Esperaindeo y San Eulogio, se vale de un estilo oratorio digno de las mayores alabanzas; no sólo el uso de la metáfora acertada y brillante que sabe llegar al corazón del pueblo con el resplandor de sus imágenes vivas como cuando comienza a explicar el objeto de su libro y dice: «Desde los mismos principios de la Iglesia, se ha visto siempre a los católicos salir y obrar, levantarse estorzadamente contra los enemigos del Señor y segar con la hoz evangélica cuantos errores han brotado contra la fe, para que puesta así la segur al pié de los árboles, caigan derribados todos aquellos que, por mostrarse ricos de hojas y pobres de frutos, están destinados al fuego eterno»; y otras muchísimas de que está salpicada toda la obra y en lo cual ya está manifestada la persistencia del espíritu de Séneca y Lucano, de que hubimos de hablar en una lección anterior y que afirmaremos en las sucesivas; y que revelan una imaginación lujuriente y rica con las mismas características de riqueza que el color de nuestras flores o la línea de nuestras plantas, que sabe huir de la monótona uniformidad. Y además de ésto, y con mayor importancia que ésto, la riqueza de su oratoria. Debíó ser orador elocuentísimo, y conocedor como pocos del alma de las multitudes que seguían su doctrina, pues sabe descubrir todos los resortes que es preciso despertar para llegar al alma de los fieles. Sabe recorrer todas las escalas de la gradación, con acertadísima puntualidad y procura no ir de una a otra opinión extrema, de un salto, sino buscando puntos de apoyo entre ellas, que son las que llevan al alma de los oyentes paulatinamente hacia la verdad que él defiende; en otras ocasiones, con extraordinaria energía, agota los términos opuestos en una verdad, yendo del uno al otro con gran viveza, como si quisiera, al resumir su disertación, obligar al oyente con la premura de su mandato.

Esta admirable elocuencia sagrada que luego tiene la más brillante floración en uno de los mejores escritores en lengua española, Fray Luis de Granada, (que durante algunos años reside en nuestra Sierra, y en ella—Santo Domingo—escribe alguna de sus obras) es digna de toda alabanza. Estamos en la época en que, por el imperio de las circunstancias, el pueblo español mantiene una lu-

cha civil enconada a causa, especialmente, de los principios religiosos; estamos a mediados del siglo IX—854—cuando todavía no se ha realizado la fusión de los pueblos, el musulmán, y el cristiano, en nuestra ciudad; todavía no se ha destacado el espíritu tolerante que ha de hacer que en Córdoba se aposente el primer centro cultural de Europa, cuando se junten las dos civilizaciones y se muevan las dos espiritualidades; el *Indículo luminoso* es un documento excelentísimo para darnos a conocer el estado de la cuestión; es el que representa al mozárabe de Rodrigo, puesto que el vitizano, más aristócrata, semiunido al pueblo musulmán por Tratados secretos, es, en fin de cuentas, el verdadero representante de lo que el pueblo visigodo va a llevar a la fusión deseada, cuando esta se realice, o sea, cuando de una y otra parte los extremismos se nivelen, y se llegue a la fraternidad que establecen la comunidad de intereses.

En medio de sus valientes invectivas, aparecen siempre, así como sueltas las que pudieran ser causas principales de su ira: «¿No estamos oprimidos por el yugo de la esclavitud, gravados por un tributo insoportable, acosados por mil afrentas convertidos en asunto de copla y proverbio y en espectáculo de irrisión para todos los gentiles?». Ya sabemos que la mofa es lo que más evidentemente despierta el deseo de la rectificación, y esto de que, no los árabes solos, sino los mismos cristianos débiles, los que vivían ricamente unidos a los cargos públicos, y participaban y también iluminaban las fiestas cortesanas de los Califas, inventaban *coplas* para zaherir a los que morían por la religión cristiana; era algo que él no podía contemplar insensible. En otras varias ocasiones repite este hecho de la burla, como cuando dice: «Si por ventura, los infieles se encuentran con los sacerdotes de Dios, arrojan a sus piés piedras y tiestos agudísimos; los denuestan con nombres injuriosos e infames; los mortifican con *dichos y canciones burlescas*. .»

Sin duda Alvaro vive en la ciudad en todo el amplio sentido de la frase; el alto concepto que su recto juicio merece, ya a su antiguo maestro, el Abad Esperaindeo, ya a su excelentísimo amigo, San Eulogio, demuestra, al mismo tiempo también, cuánto esperan de su conocimiento de la vida. Alvaro estudia, se adentra en el conocimiento de las lenguas árabe y hebrea, porque en ello ve una imperiosa necesidad de unión; pero al mismo tiempo vive con el pueblo y su enérgica protesta se levanta contra todas las

injusticias, de las que son principal causa la religión, pero defiende con ardor inacabable que para evitar esas injusticias no se debe en manera alguna debilitar el sentimiento religioso, como hacen esos falsos cristianos que detentan los cargos públicos a despecho de su conciencia; defiende la libertad; y para ello, para defender eso que se sabe pertenece al pueblo, emplea el lenguaje más apropiado, el más vulgar, y el estilo más cercano al alma del pueblo que con él convive y que él tan bien conoce.

Aún hay otras figuras muy notables, como por ejemplo, la del célebre Abad del Monasterio de Peñamelaria, Sansón, que al decir de Menéndez Pelayo, es una de las figuras más destacadas del mozarabismo cordobés; en todas ellas, como se ha visto, hay ante todo la preocupación religiosa, que aparta en verdad, al literato de la pura creación artística, puesto que ya presupone un fin didáctico, o un fin ético, distinto siempre del fin estético. Pero no debe interpretarse ésto en manera alguna como que durante este período ha faltado la materia poética. La ha habido como no tiene más remedio que haberla en todos los momentos de la historia de los hombres; pero las gentes que estaban llamadas a conservarla se despreocuparon grandemente o la desatendieron acuciados por otro más llamativo quehacer. Y así, ha desaparecido casi absolutamente la lírica en la que seguramente se encontrarían los gérmenes de la lírica popular andaluza tan desprestigiada por culpa de los que nunca la supieron comprender bien. Y han desaparecido las canciones de ronda y de romería, que por entonces debieron ser muy frecuentes, pues los Abades de los diferentes monasterios de nuestra Sierra llamarían con frecuencia a los fieles, ya para excitar su celo religioso, ya para estímulo de los mismos monjes. Tal vez son eco fiel de aquellas Romerías las que, en diferente ocasión, se celebran ahora en nuestra primavera.

Los versos que nos han quedado de las principales figuras de este período, parecen más bien ejercicios de clase, en los que los autores quieren encontrar el hábito de conservar la pureza de la lengua latina. Los primeros versos que compusieron San Eulogio y Alvaro eran rítmicos, en los que se atendía especialmente al acento y al adorno de las consonancias y asonancias; y el primero, en su primer encarcelamiento, intentó lo que por entonces era una novedad, el hacerlos métricos. Pero seguramente el que estableció más relación con el elemento popular fué Alvaro, que en los primeros años de su juventud, aficionado a la poesía, compu-

so algunos poemas que luego hubo de romper, ya porque el carácter profano de ellos no agradase a su maestro y amigo San Eulogio, bien porque al practicar con éste el estudio de la poesía clásica, creyera que aquello, popular por el uso de las palabras de la decadencia y por el olvido de la cantidad silábica, debía abandonarse. De Alvaro se tiene un canto a *Un gallo*; un fragmento descriptivo del pavo real, una *Elegía* y varias composiciones. Del Arcipreste Cipriano nos han quedado varios *Epitafios* y dos composiciones de *Abanico*, destinados a adornar el que el Conde Guifredo envió a su mujer Guiñuda. Y del Abad Sansón algunos epitafios. En Lucena se han encontrado dos inscripciones sepulcrales escritas en verso.

También aparece la rima en la Crónica de 611-754, del Mozárabe cordobés, que ha sido conocida durante algún tiempo por de Isidoro Pacense. En esta obra se cuenta con patético acento la invasión musulmana, por uno que fué seguramente testigo ocular de los sucesos. Está escrito en latín duro y bárbaro y tiene algo del paralelismo hebreo y algo de los antiguos romances latinos. En esta obra, digo como dato curioso, ha de anotarse que se emplea la rima especialmente en aquellos puntos en donde el autor quiere excitar la admiración de sus lectores; pero también podría ocurrir análogamente a lo que pasa en la Crónica General de Alfonso X; que estos fragmentos sean restos de Poemas épicos, de primitivas Gestas, incorporados, por el historiador sin preocuparse por la variación del texto.

Claro es que uno de los temas que más interesan al pueblo mozárabe es el de la pérdida de España; alrededor de este hecho fundamental en nuestra historia se agrupa la leyenda, que, como sabemos, informa gran parte de nuestra literatura. Al principio del siglo XVIII vivían en España de una parte, el pueblo godo que se había impuesto por las armas a la caída del imperio de Occidente; y de otra los hispano-romanos, que aún no habían logrado fundirse con los vencedores. De todos es conocido el desastroso último período de la monarquía visigoda que culminó en la época en que Vitiza se elevó al poder. Vitiza, aunque fué hombre clementísimo y aún enemigo de la guerra, hasta el punto de haber aconsejado a sus súbditos que fabricasen con las armas instrumentos para trabajar la tierra, fué también «muy dado a mujeres y con su ejemplo enseñó a los sacerdotes y al pueblo a vivir en la lujuria irritando así el favor del cielo»

La desmoralización de España, atrajo sin duda la codicia del pueblo musulmán que veía la fácil conquista y entusiasmada con el inacabado camino de victorias, que hasta entonces llevaba, decidió apoderarse del país. A ello le decidió la muerte de Vitiza, ocurrida próximamente en Córdoba, mes de Octubre de 709, y en Julio de 710 ya hizo una correría por Algeciras. El pueblo godo vaciló al entregar el reino a los hijos de Vitiza, ya por el poco grato recuerdo del padre, ya porque los encontraba demasiado jóvenes, y entonces el gobernador de la Bética, que tenía su palacio en Córdoba, Rodrigo, se apoderó violentamente del trono, encendido en ardoroso patriotismo y juntó un poderoso ejército con el que intentó combatir a los sarracenos. Desde el 19 al 26 de Julio de 711, cerca de la laguna de la Janda, se peleó desesperadamente y aún se hubiera vencido a no ser por la traición de los hijos de Vitiza y de otros partidarios de este Rey. Este es, al parecer, el hecho histórico aceptado casi sin variante por todos los historiadores, desde la *Crónica mozárabe de 754*, la más cercana a los sucesos. Pero el pueblo, al recoger este hecho histórico, no se conforma con la frialdad del relato y lo adorna desde el primer momento con la romántica intervención de la leyenda. Y aparecen primero el deseo de explicar cuales fueran las razones que inclinaron a los árabes a venir a España. Alrededor de esto, traza esta poética leyenda: Cierta día se hablaba en el palacio real de Sevilla de mujeres hermosas y uno afirmó que en toda la tierra no había mujer más bella que la hija de Julián, el conde de Tangitania. Tales fueron sus palabras que impresionaron profundamente al monarca, ya de suyo muy impresionable en estos asuntos, hasta el punto de tratar con uno de los duques amigos, el modo de que la doncella viniese a Sevilla y poder ver aquel portento de hermosura. Al mismo tiempo dijo al Duque: «Manda a llamar a Julián que venga y entrégate con él durante algún tiempo, a los festines y la embriaguez, a alegres orgías. Mientras Julián andaba distraído en estas fiestas, Vitiza apoderándose del sello del Conde, escribió cartas a la Condesa para que viniese a Sevilla con Oliva, y mientras el Conde estaba en aquellos deleites, el libidinoso monarca tuvo muchos días en su poder a la muchacha. Pero un día, al fin, Julián encontró a su esposa, y, extrañado, le demandó la causa de su presencia, advirtiéndole entonces el engaño del monarca y la causa de sus banquetes y atenciones; y ordenó a su mujer el preparar la marcha, dejando abandonada la hija

que acaso inconscientemente había sido la causa de su perdición; y lleno de odio hacia el monarca, se marchó a Ceuta y ofreció en Alcalá a Tarec todas las facilidades para la conquista de España. Ya sabemos que la leyenda que corrientemente se extendió luego y figuró especialmente en la historia es la que atribuye esta culpa de Vitiza a Rodrigo. Pero los hechos parecen dar toda la razón a esta versión mozárabe de los sucesos; a esta versión nacida en Córdoba y voluntariamente cambiada como ahora veremos.

Al ocurrir la pérdida de España, los dos partidos políticos que por entonces dominaban, eran el de Vitiza y el de Rodrigo, que aunque godo, representaba más directamente el pueblo hispano-romano. Es indudable que la inclusión de la leyenda de la hija del conde Julián no es un hecho caprichoso, aunque bien puede permanecer oculto a los ojos de la historia. Pero este hecho no es fácil atribuirselo a Rodrigo, pues en los 20 meses escasos que median entre la muerte de Vitiza y la batalla de la Janda, el antiguo gobernador de Córdoba, no tuvo tiempo más que de preparar el ejército de cerca de 100.000 hombres que dispuso para oponerse a los invasores. Concuera además el episodio con el carácter de Vitiza, ya apuntado. La elaboración de la leyenda llevada a cabo por los primeros mozárabes, se hizo teniendo presentes los datos históricos recientes; cuando el mozárabe cordobés recoge en 754 la historia, todavía puede consultar el testimonio vivo de algunos hombres y sino recoge la leyenda, tal vez obedezca a la sugestión de algunos descendientes de los protagonistas. Pero luego nace el deseo de quitar esta culpa a Vitiza. Los hijos de Vitiza, al pactar con los invasores para darles con su traición la victoria, alcanzan la amistad con los musulmanes y al establecerse en Córdoba, ocupan los altos cargos entre los mozárabes. Uno de los hijos de Vitiza, Ardabasto, fué nombrado por Abderramán I Conde de los Cristianos en Andalucía. En el siglo X había un descendiente de Vitiza que era Juez, y otro Cadi.

El escritor árabe Ben Alcutia (hijo de la goda) es descendiente de Vitiza; ni a ellos, por el parentesco, ni a los árabes, por alianzas, les conviene cargar la culpa sobre Vitiza; y entonces el episodio secreto cambia de protagonista. Naturalmente, dada la hegemonía de los árabes y la riqueza de los cristianos, la voz de los mozárabes queda reducida al breve recinto de la Bética; mientras que los otros difunden por España entera el pecado de Rodrigo, que, desde lejos, puede acomodarse bien con el hecho cierto

de que el golpe decisivo de la pérdida de la independencia española se recibe en el pecho de Rodrigo, en la laguna de la Janda. Es verdad que ha sido ahogado el elemento popular de los mozárabes; pero ha quedado el atisbo de su poema, cantado seguramente en el español todavía en balbuceo, el español que mejor conservaba su separación del godo, sus elementos autóctonos y el que ahora ha de intervenir más eficazmente al fundirse con los árabes para formar la nacionalidad española.

El buscar esto, como los otros muchos poemas que por entonces se produjeron, es labor necesaria, no para el estudio de la literatura cordobesa sólo, sino para el conocimiento del verdadero desarrollo de la literatura española.

En el siglo XI se distingue el pueblo mozárabe por sus colecciones de obras canónicas y litúrgicas; nos han quedado muchos códices con los que se demuestra la influencia que este pueblo tuvo en el desarrollo de la cultura hispano-cristiana, *Los Himnarios*, que son colecciones de cantos e himnos usados por las iglesias en sus festividades; se repetían en cada poema las fórmulas empleadas para atraer a los fieles, despertando y encendiendo en cada festividad su entusiasmo religioso, afirmando los lazos entre el pueblo y la iglesia. Literariamente nos sirven para comprobar el no interrumpido cultivo de la poesía latino-religiosa. Se refieren a diversos asuntos, fiestas, plegarias, aniversarios, restauración de basílicas, etc., y eran acompañados con música.

Pero el más importante de los códices mozárabes es sin duda alguna el famoso Códice Canónico-Arábigo (593 del Catálogo de Guillén Robles), en el que se contiene una rica colección de cánones y decretos pontificios, dispuestos por orden de materias y vertidos del latín al árabe (Casiri 1. 1. 541).

Escribió esta joya de inapreciable valor el presbítero Vicente, estrechamente unido al pueblo en los días de cautividad y que es autor de un Salmo o Himno penitencial, curiosa muestra de romance octosílabo, que no es más que una curiosa aplicación de la poesía popular. Esta poesía fué dedicada al Obispo Abdelmélic, también seguramente de Córdoba. No es, ciertamente, su contenido el que tiene para nuestro estudio mucha importancia. Lo que especialmente llama nuestra atención, es que el pueblo cristiano, ha necesitado ya, a fines del siglo XI, una versión al árabe de los libros que exponen los principios de su religión, lo cual demuestra la poderosa influencia que el pueblo invasor había ejercido en

el visigodo. En algunos pasajes aparece prosa rimada, lo cual es un nuevo dato, si ya no hubiera bastantes para asegurar el haber sido traducido del latín. Es lástima que los trabajos iniciados por los especialistas en el sentido de poner el contenido del Códice a disposición de los historiadores generales, no haya tenido todavía la realización deseada. También quedan algunos Códices de libros profanos. Desde luego, para los mozárabes hubo dos lenguas sabias y una vulgar, mezcla de las dos, con elementos góticos que dieron origen a nuestro idioma actual.

En esta rápida ojeada habrá podido apreciarse por una parte la continuidad en el cultivo de las letras a través del largo período que media entre la cristianización de España y la toma de Córdoba por Fernando III. Claro es que desde mediados del siglo VIII, paralela a la literatura mozárabe, florecen en Córdoba otras dos literaturas que han de ser objeto después de nuestra atención; pero lo cristiano escrito en latín ha ido sufriendo una lenta evolución que ha sabido conservar en Córdoba el valor de continuidad.

No hay completa una Antología que poder ofrecer a los estudiosos. Casi todo está por hacer y esta fué una de las labores que se propuso acometer el Centro de Estudios Andaluces que, patrocinado por la Diputación Provincial, comenzó a funcionar en Córdoba. Por el esquema de estos trabajos, que no constituyen más que una de las facetas de sus actividades, podrá imaginarse cual era el radio de acción de sus trabajos y hasta donde llegaba su ambición.

Pero como el propósito es tan elevado y a él se añaden otros que ya expondré en lecciones posteriores, los amantes de esta clase de estudios, no hemos perdido del todo la esperanza y seguimos trabajando en la creencia de que alguna vez esta labor nuestra ha de tener la ayuda necesaria para que pueda desarrollarse con seguridades de éxito y de buen resultado.

NOTAS SOBRE EL IDIOMA HABLADO EN CÓRDOBA

1.—El idioma español

Decir que el idioma español comienza en el año 1140, es inexacto. Es tanto como decir que los españoles anteriores a esa

fecha, no hablaban, o habían pedido prestado un idioma para hablar.

Siempre es difícil una definición tajante; y más, en este caso, por tratarse de un ser vivo... del cual no se conoce aún el principio, ni puede aventurarse nada de lo que será el fin. Se suele decir que el español, el hombre español, adquiere personalidad propia en el siglo V, en la época de la invasión de los bárbaros, pues entonces se forma una monarquía independiente. Así, podría decirse, que, desde entonces, desde que hay español independiente, hay idioma. Y esto tampoco es convincente. Los hombres que viven en España en los tiempos en que España es una provincia romana, son españoles, a pesar de la dependencia política.

Por otra parte, es también grave dificultad el decir cuáles son sus características, pues en todo el territorio de España, ni hoy, ni ayer, y, casi con toda seguridad, ni mañana, hay uniformidad. Podremos convenir... en unas cosas... trazar un plan... determinar unos hechos...; pero si no hacemos eso, la definición se nos escapa. Las diferentes regiones naturales de España contribuyen con su clásico granito de arena. Y... de todos estos granitos de arena, se formará... una definición que, al fin y al cabo, no será una fórmula definitiva. Con el fluir del tiempo, se matizará; y la fórmula antigua entrará en la socorrida *noche de los tiempos*, mientras *la aurora de la ciencia*, por otro lado, descubre nuevas inquietudes, o nuevos hechos.

Desde el idioma que hablan los españoles en el siglo I antes de J. C.—desde Séneca—, hasta el que hablan en el siglo XIII—pongamos el Fuero Juzgo—hay una gran distancia; algo así como una Edad biológica, si estas edades pueden medirse por este hecho: El hombre de España en el siglo XIII, no entiende a su paisano del siglo I.

Falta un estudio que recoja, estudie, metodice el desenvolvimiento lingüístico del español en ese período. Y no es un trabajo que pueda emprenderse sin mucha colaboración.

Hoy, al hablar de esta literatura mozárabe cordobesa, tan rica, pero tan pobremente estudiada, me ha parecido ocasión oportuna para reunir algunas observaciones de carácter general, que pudieran ser útiles.

II.—El idioma de Córdoba

El estudio de la Córdoba romana, no despierta una atención profunda. O falta el descubrimiento sensacional, o la riqueza extraordinaria de lo musulmán, envuelve en su limpio brillo los restos de la civilización romana.

Pero, esto último, no lo creo exacto del todo. Hay un hecho que los musulmanes no han podido alterar y que constituye el máximo tópico de la cordobesía: el espíritu senequista. Este espíritu, que nace en el siglo I con Séneca—o, tal vez más preciso, que Séneca recoge en Córdoba en el s. I—que atraviesa lo musulmán y que llega hasta nuestra calle de Gondomar de hoy con la misma nitidez que en su nacimiento.

Y el idioma que habla Séneca ¿porqué se conserva entre los mozárabes?

Evidentemente no es posible que una literatura se produzca de una manera espontánea; es preciso que tenga solera. Como tampoco puede desaparecer en un instante por la voluntad de un hombre o por la fuerza de un régimen político.

Siempre se ha atribuido la permanencia de un idioma al esfuerzo de los hombres que lo cultivan. Con frecuencia hay demasiada ambición en nuestras palabras. El idioma es un ser vivo y cuando su personalidad está bien definida por una literatura rica que la muestra y respalda, no es posible, entonces, prescindir de él. El idioma, con su fuerza propia, se impone. Así ha ocurrido siempre. Frente a los idiomas que se hablaban en América, se opusieron otros de gran personalidad que salieron victoriosos. Frente al latín de España, de vigor sanísimo, de fuerte individualidad, el árabe no se pudo defender. El alma del idioma, cuando está constituida por elementos de cultura, es más fuerte. Hasta ahora la biología no desmiente este hecho.

Me ha parecido que el movimiento intelectual de Córdoba, es constante; que tiene un período brillantísimo, tal vez capital en todo el territorio español desde Séneca hasta Fernando III, y me he sentido atraído por él, a pesar de que la mayor parte de la documentación que poseemos se debe a los hombres de máxima cultura, y, en algunas ocasiones, esta cultura reducida al sector religioso.

Es decir, nos falta el habla popular de Córdoba. Aunque los hombres cultos de nuestra ciudad, ni ayer se liberaron, ni hoy se

liberan, ni mañana podrán liberarse del embrujo de la palabra popular cordobesa, que tan graciosas maneras tiene, ya en la blandura de su sonido, ya en la ternura de su significación. De ejemplos de ayer pudieran citarse una legión...

III.--El espíritu de Séneca

Pero este espíritu de Séneca ¿Cómo ha pasado por Córdoba sin alterarse durante ese largo período en XIII siglos que median entre la muerte del gran filósofo y la entrada de San Fernando en nuestra ciudad, es decir, a través de dos pueblos, el godo y el musulmán tan diferentes de Séneca?

No se ha buscado argumento, o no se ha pensado en ello. Tal vez se ha creído que eso del espíritu es algo que flota entre nuestros olivos y nuestras encinas, nuestras vides y nuestros trigales; crece entre ellos y el hombre que nace aquí, no tiene más que aspirar su perfume para hacerse con él. No digo que no; posiblemente es así. O hay mucho de verdad en esto de la influencia geográfica; un particular organismo sutil que se filtra a través de los muros del tiempo como un avisado o atrevido Comendador.

Mientras se llega a este hecho: encontrar el espíritu senequista en nuestra ciudad a través de los siglos, tratemos de encaminar un poco nuestros pasos.

Desde luego el vehículo propio del pensamiento es el idioma. En él está el alma del pueblo. Esas diferencias que existen en el habla entre dos ciudades, al parecer, mínimas, son las que descubren el alma de cada una. Es problema difícil; y más difícil, cuando se trata de dos ciudades psicológicamente parecidas, geográficamente próximas. Pero sin duda, entre la fuerza, valga el ejemplo, de la pronunciación de las consonantes del idioma germano y la blandura de las del español, hay una razón proporcionada a la que existe entre el alma de una y otra nación. No he de detenerme en estas consideraciones de psicología, tan tentadoras y tan sugestivas. Nos basta de ellas con tener la firme creencia de que son útiles para tratar de resolver el problema, del alma de la ciudad. Y para mí es grato tratar de este espíritu senequista, que yo, sin esfuerzo, veo flotar por las calles, con tanta claridad como veo el verdor de nuestros naranjos o el cobalto de nuestro cielo.

La elección de la antigua Córdoba como Colonia Patricia no está documentada. Se dice de unos a otros, y nada más. Ya sería

éste un primer tema de especulación. Importancia de Córdoba en la época prerromana. Y en ella ¿estará ya el espíritu de Séneca? Pero una vez elegida, Claudio Marcelo agrupa una gran ciudad. Hay dos datos importantísimos: uno, los restos de los monumentos que se descubren, y a los que, triste es decirlo, no se les presta la debida, la necesaria, la imprescindible, la urgente atención. Repitámosle: 1.º El espíritu de Córdoba es senequista, a pesar de todo nuestro gloriosísimo Califato. 2.º La grandeza de Córdoba romana, no empaña ni un ápice, antes bien, ensalza la grandeza de la Córdoba árabe.

Esos restos de monumentos demuestran que aquí existieron Palacios magníficos, edificios públicos importantísimos y una cultura superior a la tarraconense: la que representaba a toda la provincia Bética.

Pero, además, aquí debió funcionar un gran centro de cultura. El que aparezca un individuo genial como Séneca el filósofo, no es un indicio; pero el que la mayor parte, o una gran parte de los literatos que forman la Edad de Plata de la Literatura latina sean cordobeses o de la Bética; y que entre ellos esté Séneca el Retórico, el de las Controversias y Suasorias, sí lo es. Cuando Marco Anneo va a Roma, lleva ya su procedimiento de Escuela; y aquellas sus lecciones de prácticas de oratoria han sido comenzadas en Córdoba. Y Lucio, el que ha de ser maestro de Nerón, lleva ya la fama de maestro hecha. Trabaja con su padre, aunque, además filosofa y escribe.

Y ya los escritores cordobeses tienen un aire especial. Se les advierte un deseo de selección que en Lucano, llega extremos de acusado culteranismo. Sobre ésto se empieza a hacer algo, aunque, desgraciadamente, no por los eruditos cordobeses. ¡Esta muchachada que sabe latín ahora, ha nacido en una época poco propicia al estímulo de la soledad o del diálogo con Séneca!

IV.--La época visigoda

Pero aún tenemos un nuevo dato, no menos importante. A la entrada de los musulmanes en España, establecen su capitalidad en Córdoba. ¿A qué causa se debe esta elección? La época visigótica nos ofrece dos grandes centros de cultura: Sevilla y Toledo.

Pero en Sevilla hay una figura de relieve colosal, San Isidoro;

y él por sí solo, basta para arrastrar la atención de todos los españoles, máxime si se tiene en cuenta que, el gran Arzobispo, no sólo impone su cultura en la Monarquía visigoda, sino que la extiende a todos los centros del saber en Europa. El valor enciclopédico de su obra basta para justificar la atención más dispersa. Bajo sus auspicios hay un primer auténtico Renacimiento: el deseo de traer, de resucitar el uso correcto de las palabras latinas, fenómeno que se repite después con San Eulogio, etc., etc... Políticamente recuérdese que en Sevilla ocurre el episodio de San Hermenegildo, un poco revolucionario. Y es en Córdoba, y merced a que tuvo aquí sus más ardientes partidarios, donde se encuentra la cabeza de la rebelión, y fué aquí, donde en el año 584 fué preso el hijo de Leovigildo.

Por su parte Toledo, corte de la Monarquía visigoda, atrae las miradas de todos. Allí se celebran multitud de Concilios. Entre ellos el IV, en el año 633, muy importante por los acuerdos de régimen litúrgico y político; porque se ordenó que se respetara la religión de los judíos; y porque se determinó que, unidas a las Iglesias, funcionaran unas Escuelas, especies de Seminarios, y se crearan, a su calor, Bibliotecas. En el XVI, también toledano, del año 693, se redactó, por orden de Egica, el Fuero Juzgo.

Esto es lo documentado. Pero hay ciertos datos que nos permiten, o animan a creer que Córdoba no iba a la zaga en esta hegemonía.

Es uno de ellos, la actitud de D. Rodrigo, el último Gobernador que, al anuncio de la invasión musulmana, organiza un ejército de 100.000 hombres, el único que puede oponer al violentísimo empuje árabe, y que, derrotado en la Janda determina la pérdida de España.

Es otro el que, fijada la Capital musulmana en Córdoba—quizá porque su situación geográfica es ideal como núcleo estratégico, hecho comprobado a cada paso, y aún en los tiempos modernos—arraíga enseguida aquí la que llamaremos cultura musulmana.

Sin duda alrededor de la corte, vendrían los sabios de todas partes; pero es un fenómeno perfectamente conocido el que, en un momento, no es posible fundar un clima, una ciudad de cultura; sí pudiera afirmarse que los sabios musulmanes encuentran el ambiente propicio para sus estudios. Ya por entonces funcionaban las Escuelas judías de Córdoba y Lucena, que tanta gloria

dieron a la ciencia española y a las cuales, los árabes, estaban tan unidos por razones idiomáticas.

Pero además, al lado de la corte, vive el más potente foco de mozárabes de toda la península. Creo que sería pueril el suponer que esos mozárabes acudieron para acercarse a la corte o que vinieron a Córdoba para combatir más de cerca el poderío musulmán. Vivían aquí porque en el siglo VIII, como antes y como después, en Córdoba existía un centro de cultura de extraordinaria fuerza. La cultura estaba situada en los Monasterios; y la ciudad, así como la Sierra, estaba poblada de ellos. Es verdad que la obra visigoda cordobesa conservada, es o parece muy escasa comparativamente con la de Sevilla o Toledo. Pero habrá que suponer que aquí se altera por la continuidad en la evolución. Parece indudable que el primer fondo de la cultura califal, el más rico y el más fecundo, el único que acusa su supervivencia, es el cordobés.

V.--Llegan los árabes

En el año 712 entran los árabes en Córdoba. Impuesta la razón de las armas, los soldados vencedores aceptan, como antes los visigodos, el idioma que encuentran. Frente al poder político de los Califas, que impone el árabe como idioma oficial, el cristiano vencido mantiene el latín para su uso diario. La gente de la calle, que está al margen de la lengua, del poder y de la religión, quizá porque en la derrota no encuentra ningún estímulo, o simplemente porque sólo quiere vivir—la historia es maestra de la vida—no se preocupa por mantener puro su idioma. El cristiano puro, junta, a la pureza de sus creencias, la de la conservación de su idioma. El intentar eso mismo en la ley y en la religión, da ocasión a los mártires, de que hablaremos después y que empañan no poco el brillo del glorioso Califato cordobés. El idioma del cristiano sometido, el mozárabe, ofrece algún problema curioso.

Primero: ¿Cuál es este idioma? Al venir los árabes a España, la invaden toda. Pero pronto comienza Pelayo a hacerse fuerte y se forman, al parecer, dos lenguas.

- a) La que habla Pelayo y sus huestes.
- b) La que hablan los mozárabes que, por causa de la continuidad de la Reconquista, fluctúa constantemente.

¿En qué se diferencian uno y otro? Los mozárabes por sus intensas relaciones con los árabes, incorporan influencias fonéticas, morfológicas, etc., etc. ¿Cómo es que estas huellas llegan hasta Pelayo y los suyos?

¿Es que desde abajo las influencias idiomáticas se extienden a España entera?

Segundo: A la entrada de Fernando III en Córdoba se traduce el Fuero Juzgo. ¿A qué idioma se traduce? y ¿Cómo es que tan fácilmente se entienden vencedores y vencidos?

VI.--La tolerancia de los Califas

Es grande. Y en varias ocasiones manifiestan el deseo de contemporizar con los cristianos. Al efecto, convocan Concilios para las manifestaciones fanáticas, sino es para encubrir crueldades. La historia, maestra de la vida... pero ahora parece ser que podríamos añadir; la vida nos enseña como se escribe la historia. O, por lo menos, sino las crueldades del que pudiéramos llamar poder central, si de la baja política de escaleras abajo del Palacio Califal.

Lo evidente es que los Obispos convocados no siempre se ponían de acuerdo; y los Concilios eran un semillero de luchas despiadadas, de manifestaciones fanáticas y de escándalos estériles y controversias inútiles.

Cuatro son los Concilios convocados en Córdoba por iniciativa de los Califas con el fin de evitar los extremos a que llegaban los cristianos dando motivos públicos para sufrir martirio.

Fué el primero en el año 839, contra los acéfalos, que habían extendido al territorio egabrense ese error. Asistieron tres Metropolitanos (Sevilla, Toledo y Mérida) y cinco Obispos. Los acéfalos formaron la Iglesia cismática de Cabra. Las actas de este Concilio son de un gran interés lingüístico.

Otro fué en el año 852 que presidió Recafredo, Metropolitano de la Bética, especialmente para atajar los suicidios (desmedido fervor religioso de los cristianos), que condenaron los mismos Obispos por innecesario, no se sabe si obedeciendo una opinión personal, o a las presiones de los Condes encargados o Gobernadores de la parte política de los mozárabes, que, a su vez, obedecían a las intrigas o mandatos del Palacio Real.

San Eulogio, principal enemigo de las conclusiones de este Concilio, fué degollado en el año 859.

Saulo, Obispo de Córdoba, fué al principio muy desigual en su Pontificado, atraído tal vez por los Condes de Córdoba. Luego se enfrentó con el Metropolitano de Sevilla, Recafredo, y ésto le trajo muchos disgustos, produjo un verdadero Cisma y hubo de andar muchos años sin jurisdicción sobre su grey y escondido. Al fin, en un Concilio anterior al del 862 hizo las paces con los demás Obispos. Alvaro Paulo, del partido de Samuel, compuso entonces, para defender a los mártires, el INDICULO LUMINOSO.

En 862 se celebró un cuarto Concilio para tratar de la herejía de los Antropomorfitas. Se habían reunido para la consagración del Obispo Valencio. Fué presidido por Hostegesis, Obispo de Málaga. Por entonces era Conde de Córdoba, Servando, no muy afecto a los mozárabes religiosos.

Opúsose a la blandura de Hostegesis, el Abad Sansón, de Peñamelaria. Se tomaron entre otros acuerdos, el apartar a Sansón de la profesión sacerdotal. De ello hubieron de arrepentirse luego muchos Obispos, cuando Sansón, firme en su fe, continuó atacando a los malos cristianos. Hostegesis, con el brazo en alto y el puño cerrado, hizo firmar a los Obispos la sentencia contra Sansón, incluso al mismo Valencio amigo de él. Luego éste, arrepentido—también se arrepintieron otros varios Obispos asistentes al Concilio, entre los cuales estaban Saro, de Baeza, Juan de Baza y Reculfo, de Egabro—lo nombró Abad de San Zoilo, lo cual originó, por presiones de Hostegesis y del Conde Servando, que fuera depuesto Valencio; y Servando le impuso una fuerte multa. Convertido, al parecer, Hostegesis escribió una Epístola capciosa y a ella contestó Sansón, en el año 864 con el *Apologético*.

Menéndez Pelayo, en «La Historia de los Heterodoxos», dice: «Preparado el apologista con otra oración, entra en pelea, encarnizándose primero, como varón docto y sabedor de Gramática, en los solecismos y descuidos garrafes del estilo de Hostegesis, quien, como el vulgo de su tiempo, confundía los casos de la declinación y construía bárbaramente diciendo: *Contempti simplicitas Christiana* y otras frases de la misma laya «Admiraos, admiraos varones sabios, exclama Sansón lleno de entusiasmo clásico. ¿Dónde aprendió estas cosas? ¿Bebiólas en la fuente ciceroniana? ¿Siguió los ejemplos de Cipriano, de Jerónimo o de Agustín? Esos barbarismos los rechaza la lengua latina, la facundia romana, no los pueden pronunciar labios urbanos. Día vendrá en que las ti-

nieblas de la ignorancia se disipen y torne a España la noticia del arte gramatical y entonces se verá cuantos errores cometes tú, que pasas por maestro». A pesar de estas frases de Sansón, es evidente que el idioma iba cambiándose a cada momento. En el *Indículo luminoso* de Alvaro Cordobés, pueden verse, por no citar más que algunas vacilaciones fonéticas, las siguientes:

- a) *b* por *p*: babtismus.
- b) *c* por *g*: docma.
- c) *g* por *c*: spurga.
- d) *c* por *qu*: licore.
- e) *c* por *t*: perdicioni.
- f) *d* por *t*: adque.
- g) *t* por *d*: aput
- h) *f* por *h*: proflema, etc., etc.

VII.—La Escuela cordobesa

Pero hemos de fijar nuestra atención sobre un hecho de gran importancia. Hemos dicho más arriba que en el IV Concilio toledano—633—se ordenó que se adscribieran a todas las Iglesias unas Escuelas en las que se cultivaran los estudios y se preparara a los nuevos sacerdotes o monjas en las disciplinas que tan profundamente había estudiado San Isidoro de Sevilla. A la llegada de los musulmanes a Córdoba y, según testimonio de S. Eulogio, la ciudad conservaba seis Iglesias: San Acisclo, San Zoilo, los tres Santos, San Cipriano, San Ginés mártir y Santa Eulalia; dos Monasterios dentro de la ciudad y seis en la sierra, Pañamelaria. Unidas a estas Iglesias funcionaban, no sólo las Escuelas, sino también Bibliotecas y algunas copisterías. Tenemos referencias de la Biblioteca que pertenecía a las Escuelas de la Basilica de S. Acisclo.

En ellas se hacían, además de los estudios de Teología, los demás que constituían los saberes incluidos en las *Etimologías*. Y además, seguía vivo el espíritu del Arzobispo Hispalense.

Este es el ambiente de cultura cordobesa en el s. VIII (1).

(1) Y así siguió después. Es una preocupación constante de los mozárabes el conservar la máxima pureza del latín, en el idioma y en la expresión del pensamiento. Así Alvaro Paulo dice que S. Eulogio se entretuvo en la cárcel—852—en componer nuevos géneros y maneras de versos que en España no se habían visto (latinos); y en otra ocasión felicita a su amigo y maestro por acercarse al lácteo estilo de Tito Livio, al ingenio de Demóstenes, a la facundia de Cicerón y a la elegancia de Quintiliano. De sus viajes volvía siempre con libros de Virgilio, Horacio, Juvenal, Porfirio, San Agustín. etc. etc.

Es también evidente, por otra parte que, durante los primeros años de la dominación musulmana no se encuentran restos de la vida intelectual de las Escuelas árabes, en especial en la época del Emirato dependiente de Damasco (710-755). Como tampoco en Oriente se había iniciado el movimiento literario, no puede considerarse ni como existente la contribución de la cultura árabe a la nuestra. Es verdad que en los primeros tiempos—y siempre—atraídos por diversas circunstancias, muchos cristianos se islami-zaron; y seguramente estos *renegados* harían el viaje obligado a la Meca; pero no trajeron nada.

Es muy cierto también que las artes y las ciencias caminan al mismo paso. Unas y otras son la manifestación de la cultura de un hombre o de un pueblo, y no se concibe el adelanto en una de las direcciones y el anquilosamiento en las demás. No hay que insistir en ésto, que pertenece al saber del vulgo... Y sin embargo, olvidado en este caso particularísimo.

Conocemos ya, casi en sus menores detalles, la historia del arte arquitectónico árabe en Córdoba. Y así, sabemos que, en un principio, los árabes, que no traían como bagaje ninguna cultura, utilizaron para la manifestación de su fe las mismas Iglesias cristianas; y que, generosos, permiten la religión cristiana en todas sus manifestaciones... Después, y visto el amplio campo a que se extiende su poderío—en el cual tal vez no habían soñado, determinan—784—construir una gran Mezquita, al mismo tiempo que su Emir Abderramán I se declara independiente. Como para hacer este ambicioso edificio no disponen de tiempo, utilizan los materiales visigodos que encuentran. Así mismo continúa Adderramán II. Lo mismo hace Abderramán III, constructor de Medina Azahara—que ya se declara Califa de Occidente (929) y trae, para la construcción del Palacio, arquitectos de Constantinopla. Al mismo sitio a donde habría de acudir luego después Alhaquem II, para levantar la segunda ampliación de la Mezquita y realizar algunas obras en Medina Azhara—962—época en que el arte califal, que se ha ido formando lentamente, aprovechando los elementos constructivos visigodos—material, fustes, capiteles, basas...—ya el estético—arcos de herradura, doble arcada, alternancia de dovelas.. hasta formar los capiteles propios, las maravillosas decoraciones, el atrevimiento de las bóvedas .. todo cuanto constituye hoy el arte musulmán, llegado a su máximo grado en la mansión de Medina Azhara en donde Hixen II vivió entre place-

res en su magnífico Harem, mientras Almanzor recorría España de victoria en victoria, señalando acaso los últimos chispazos del poderío musulmán en España.

Este camino es exactamente el mismo que sigue la evolución de las letras. El primer momento es de sorpresa; pero enseguida las Escuelas cristianas, a las que se deja en amplia libertad, continúan su función. No es muy aventurado suponer que muchos, por la ambición de los cargos, por el bienestar material, y, hasta en algunos casos por la presión que en ellos pudieran ejercer los Condes cristianos, al casi servicio directo de los Califas—renegaran.

Y tampoco es muy aventurado suponer que estos centros de cultura atrajeran la atención de los Emires o Califas hasta el punto de dejar ponerlos a su servicio y aún dedicar su esfuerzo a estudiar lo propiamente musulmán.

VIII.--El Oriente

Abderrahmán I ya hace versos y en la época de Alhaquen I se introduce en España la Escuela de Jurisprudencia malequí. Pero es en la época de Abderrahmán II (834-848) cuando llegan a Córdoba los primeros aires profundamente orientales. Exactamente cuando en la Mezquita se comienza a pasar del arte visigodo, casi exclusivo, al arte musulmán. La época de transición. Entonces llega el músico y poeta oriental Zyriab, que cambia la corte con su voz, su elegancia personal, su peinado, sus vajillas y vestidos, su enorme fausto. Entonces se quiere emular a Oriente, que despierta enseguida en Abderrahmán III el deseo de levantar Medina Azahara. Epoca también en que el notable hombre de ciencia judío, Chasdai-ben Saprut, es Ministro de Abderrahmán III, y que representa el momento de mayor esplendor del saber hebreo en el Califato cordobés.

Y enseguida Alhaquen II, siente el deseo de crear la gran Biblioteca, que llegó a poseer más de 400.000 volúmenes.

Por entonces vienen a España, tal vez, algunos sabios orientales, como vinieron arquitectos. Pero en Córdoba existen tres manantiales autóctonos: uno, el formado por los mozárabes, cristianos que conservan su religión y cada vez con más fervor la confiesan; y con ella continúa la cultura. Esta tal vez se hace más permanente a causa de otro de esos manantiales, el segundo, que

es el de los *renegados*. Seguramente entre estos dos grupos, por tener el mismo origen, habría una más agria disputa por apoderarse de la hegemonía. Y un tercer manantial: el formado por la rama de los árabes más puros, los descendientes, directamente, de los árabes conquistadores. De éstos, muy donosamente, don Julián Ribera decía que apenas si tenían, al cabo de los doscientos años, unos cuantos gramos de sangre musulmana, pues los árabes casaron todos con mujeres españolas. Pero ellos nacieron ya como árabes y como todos estudiaron y aprendieron en el idioma de su padre, que antes su madre, había procurado aprender.

Esto nos dice que esa gran Biblioteca de Alhaquen II, no única en Córdoba, estaría compuesta de los materiales aprovechados de las otras Bibliotecas, en primer lugar, o sea, de aquel caudal visigodo enorme que las muchas Escuelas cordobesas habían reunido durante varios siglos; quizá también de los libros que se pudieran traer de otras Iglesias existentes en Sevilla, Toledo, etcétera, etc., y, por último, del fondo nuevo: el de las obras que la nueva Escuela, la musulmana, había compuesto, e iniciado, como decíamos antes, con las obras de Jurisprudencia Malequí. Aún entre estos libros, podrían encontrarse otras obras de capital importancia. Por ejemplo, las de las obras escritas por los cristianos en lengua árabe. Tal, la del Presbítero Vicente, que hace versos a Abdelmélíc o el Calendario del Obispo Recemundo... Otros, en donde se incluirían las de los árabes que casi piensan en español, como Mocadem de Cabra, el inventor de los zéjeles y de los moaxahas, o las de Aben-Cuzmán, el de las canciones callejeras, de tanto interés folklórico.

Parece, pues, evidente, que la literatura árabe-cordobesa es una consecuencia inmediata de la de los visigodos; y también que en ese ambiente ha adquirido unas cualidades especialísimas, que la distinguen de toda la restante literatura musulmana...

En estas Escuelas, ya musulmanas, se hace posible el que los individuos de las tres religiones trabajen juntos... es la tradición para luego, Toledo...

IX.—Y después...

Después los mozárabes son vejados de continuo en Córdoba. Amenazados con terribles males a la llegada de los Almoravides, piden auxilio a Alfonso I el Batallador. Este combate con gran

brillantez; pero tuvo, al fin, que marcharse, sin haber conquistado nada. Sólo se sabe que, en su huída, se llevó unas doce mil familias de mozárabes y judíos. Es seguro que, entre éstos, huyeron los representantes de la cultura, y que se agruparon para formar centros de estudios, en Zaragoza, y con mayor intensidad, en Toledo, convertido en corte de Castilla desde el 1085 en que se rindió a las armas cristianas de Alfonso VI.

El Califato cordobés, proclamado en 929, llega al máximo esplendor en 949; y los judíos, animados por la tolerancia musulmana, traen las Escuelas de Pumbadita y Sura, siendo los primeros maestros, Rabí-Meseh y Rabí-Hanoc.

El renacimiento judío es extraordinario, constituyendo entonces la literatura y la ciencia española-rabínica, una época comparable con las que ilustraron los libros bíblicos, según dice el historiador Grætz y confirman Menéndez Pelayo y Bonilla San Martín. Algunos pueblos, como Lucena, exclusivamente judíos, llegan a un grado extraordinario de prosperidad.

El Rey-Emperador, Alfonso VII, codicioso de la conquista de Andalucía, hizo alguna incursión, y entonces los Almoravides llamaron en su auxilio a los Almohades, los cuales, mandados por Abdelmumen, llegaron a España. Este hombre logró hacer desistir a Alfonso de sus correrías, y después se volvió contra los cristianos y judíos que tuvieron que huir rápidamente. Alfonso dió franca acogida a los desterrados. Unido este núcleo con el que ya anteriormente había llegado, se formó un gran censo de sabios que solo necesitaba una figura digna y capaz de dirigirlo. Esta fué la del gran Arzobispo de Toledo, D. Raimundo (1130-1150)). La Escuela formada, fué calificada: COLEGIO DE TRADUCTORES DE TOLEDO, por primera vez, por el erudito francés, Jourdain, en su obra con este título, publicada en 1843, según referencia de Menéndez Pelayo.

Desde esta época, hasta la conquista de Córdoba, todo lo que queda está en esa Escuela, incluso el libro, considerado como apócrifo «Virgillii Cordubensis Philosophia», Mss. perteneciente al siglo XIII, fué estudiado por el P. Sarmiento por primera vez. Es de interés esta observación del sabio español tantas veces citado D. Marcelino: La latinidad de la obra, supera en barbarie a los más desconcertados escritos de la E. M.

Tenemos, pues, un largo período en el que Córdoba manifiesta, ininterrumpidamente su extraordinaria cultura y el constante

uso del idioma español, período en el cual parece que la hegemonía cultural de España reside aquí. Aquí, pues, debemos encontrar datos suficientes para hacer el estudio de la evolución del idioma desde Séneca hasta el Fuero Juzgo.

José Manuel Camacho Padilla.



AÑO DE 1569

El Monasterio de Santa Cruz donde tomó el hábito, profesó y murió la Virreina de Navarra y Condesa de Alcaudete. Sor Leonor de la Cruz Pacheco.